

III.

Han corrido tres semanas,
Y al campo republicano
El joven Miñón retorna
Satisfecho de su encargo;
Que Bazaine admite el cange
Y está completo el tratado,
Y el que salió prisionero
Vuelve ya como un hermano
El cariño de los padres
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas
De México, entusiasmado,
Conmovió los corazones,
Y al oírle los soldados,
Orgullosos se sintieron
De llamarse Mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,
Ni qué timbre más preciado,
En los fastos de su historia
Buscará Riva Palacio,
Que las tiernas bendiciones
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas,
Hoy que han corrido los años,
El libro de la experiencia
Le dirá al viejo soldado
Que vale más en la vida
Quitar un hombre al cadalso,
Que vivir siglos en bronce
Humedecidos con llanto.

SEGUNDA PARTE.

BELGAS Y MEXICANOS.

I.

Marchando hácia el mismo punto
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos,
Y los jinetes altivos;
Sus militares arreos
Por lo nuevos y por lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos,
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,
Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es de que por larga senda
Violentemente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se separan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo,
Y se forman frente á frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fueran dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje,
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
No se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,
Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia,
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas, y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco
De aquel episodio extraño
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega,
De polvo los remolinos
Indican que la vanguardia
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza
De poca escolta seguidos
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo.
Y quizá por vez primera
Por voluntad del destino,
El belga del mexicano,
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes,
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,
Es el que mandando vino
A las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Viene el Coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden
Y departiendo tranquilos,
Entran juntos á una casa
Principal del Municipio.

Se escucha en tales momentos
El monótono ruido
Del paso de los infantes
Que se acercan á quel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio

Y resuenan carcajadas,
Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II.

La plaza del pueblo llenan
Muchedumbre de soldados,
Y allí están los prisioneros
Hechos por opuestas bandos.

Se cuentan los que han caído
De belgas y mexicanos,
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos
Como Tapia y como Canto;
Coroneles cual Villada,
Borda, Pérez y otros varios,
Y entre los belgas se tienen
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente
Oficiales y soldados;
En pabellones las armas;
En reposo los caballos;
Diligentes las mujeres,
Entre los grupos cruzando,
Llevan lo que necesitan
Allí los recién llegados,
Y sin hacer distinciones,
Tan pronto á republicanos
Como á imperiales atienden
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza
Se adquiere por ambos lados
Que todos parecen unos,
Y al contemplar aquel cuadro,
Dijérase que son todos,
No enemigos sino hermanos.

No ruje encendiendo enojos
De la guerra el sopro airado
En aquellos corazones
Que otras veces palpitaron

Con sed de sangre y venganza
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,
Está festivo el chinaco,
Cruzan las conversaciones
Entre los que ayer cruzaron
Los temidos proyectiles
La victoria disputando,
Y hasta se acercan contentos
Y se agrupan confiados
Guardianes y prisioneros,
Y belgas y mexicanos.

III.

De pronto un clarín resuena
«Atención» es lo que toca,
Repiten otros clarines
Las mismas vibrantes notas,
Y como inmenso hormiguero
Miranse las blusas rojas,
Los severos uniformes
De oficialidad lujosa,
Confundidos y revueltos
Como en agitadas olas
Que corren buscando cauce
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos
En batalla silenciosa,
Como esperando el combate,
Ambas fracciones se forman.

Los prisioneros al frente,
Que si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linares salen
Entre las filas vistosas,
Y el Jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje

Ya convenido en sus notas
Entre el Mariscal de Francia,
Bazaine, que en México mora,
Y Riva Palacio, el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centro;
Que en aquella misma hora
Quedan libres y á su campo
Pueden volver sin zozobra,
Los que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte
De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan
Con efusión ciega y loca;
Los que van y los que vienen
Se abrazan gritan y gozan;
Los destrozados vestidos
Ajenas lágrimas mojan;
Los kèpis tirán al aire,
Cantan, aplauden, sollozan
Y todos con un acento
Y con voz atronadora
Lanzan vivas entusiastas
A México y al que logra
Libertarlos de la muerte,
Y al lograrlo se colocan
A la altura de los héroes
Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!
Repiten todas las bocas;
¡Que viva México gritan
Con entusiasmo las tropas,
Y belgas y mexicanos
En la expansión más hermosa,

Se abrazan y se confunden
Y hermanos son en tal hora,
Sobre aquellos mismos campos
Que baña el sol de la Gloria.

IV.

Muchas veces en el mundo,
Centro de horribles batallas
Por ley injusta y adversa
Todas sus pompas la fama
Se las niega al que perdona
Y se las presta al que mata;
Pero al correr de los siglos
La historia imparcial aclara
Cuáles actos enaltecen
Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre
Queda con sangre manchada
Y no así la que redime,
La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente
En la tierra michoacana
Hermosos y verdes lauros
La Posteridad le guarda:
¡Lauros que arrancó á la gloria
Con la pluma y con la espada!

En el cielo de su vida
Todas las nubes son blancas,
Su amor en la paz un libro,
En la guerra la montaña,
En el poder la justicia,
La honra en su hogar en calma
Y en todos sus pensamientos
La grandeza de la Patria!

¡PRIMERO ES LA PATRIA!

Á MI FRATERNAL AMIGO RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

Apenas por el oriente,
Entre celajes de plata
Y disipando las sombras,
Aparece la mañana;
Cuando el eco despertando
De la desierta montaña,
El estampido sonoro
Del cañón difunde alarma.
Precipitados los belgas
Que á Tacámbaro resguardan,
En las trincheras se agolpan
Y al combate se preparan.
Ya de una altura descienden
Las fuerzas republicanas
Y vibran de las cornetas
Las notas limpias y claras.
Se miran los batallones,
Que denso polvo levantan,
Marchando pausadamente
De las lomas por la falda.
La división es aquella
Que en la constante campaña
Del Ejército del Centro
Nicolás Régules manda.
En ella cuéntanse muchos
Jóvenes en cuyas almas
El patriotismo ha encendido
Su pura y ardiente llama,
Que al llevarlos al combate
Vencer ó morir les manda;
Los estimula y anima
Luis Robredo, y le acompaña
De valor y de fe lleno
José Vicente Villada.
Va á comenzar el combate,
De prisa el sol se levanta